

ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ

UN LARGO ETCÉTERA

[Rayos y truenos, 2011-2016]

2016
SEVILLA

PUNTOS SUSPENSIVOS

Empezaré por el final. Sólo cuando mis cuerdas vocales han venido a echarme un cable, acompañadas por una prescripción médica que me imponía (me regalaba) una temporada de silencio vocal absoluto, he visto el final de *Un largo etcétera*, la tercera entrega de mi diario. Lo primero que necesita un libro es un final; y el título de éste, que fue lo primero que vi, subrayaba su ausencia y mi dificultad para encontrarlo. Cada vez que alguien dice “y un largo etcétera”, no sabe cómo terminar. Incluso nuestra costumbre ortográfica de abreviar el “etcétera” (etc.) esconde la pulsión de poner pronto un punto, aunque sea impostado y cortando por lo sano.

Entiendan mi situación. *Lo que ha llovido* (Númenor, 2009) fue un libro fácil de organizar. Era mi estreno en el género. Encontrar la voz y presentar a los protagonistas de mi vida fue suficiente para darle razón de ser. La segunda entrega, titulada *El pábilo vacilante* (Renacimiento, 2012), vino hecha de casa, pues en aquel tiempo murió mi madre y nació mi hija y, enseguida, mi hijo, abriendo radicalmente el círculo de la vida y la muerte con una nueva vida, y otra más para dejar claro su bando. El diario tendría luego las limitaciones inherentes a su autor, pero mi día a día lo había dado todo.

Y ahí estaba el problema: tras *El pábilo* tenía que volver a escribir cuando no pasaba nada (más que el tiempo). Y lo malo no era escribir sobre casi nada, sino que ya lo había hecho en *Lo que ha llovido*. Asumí, pues, que sería un diario muy breve que comprendería un intervalo muy largo. Al lector

avisado (el único que tengo) no le costaría trabajo ir uniendo las fechas de las esparcidas entradas hasta dar con el dibujo preciso de mis trabajos y mis días. Si todo libro implica la colaboración del lector, aquí se le exige más: él tiene que trazar la línea entre los puntos, suspensivos, que yo he ido dejando como un Pulgarcito tímido y levemente indolente. Tiene que imaginarse todo lo que ese largo etcétera da por supuesto.

Mi sensación, al ordenar y repasar estas páginas, me ha satisfecho. La falta de pretensiones y de expectativas quizá me excuse por esta impúdica confesión feliz. No voy a disimular aquí, entre nosotros, que me he llevado dos alegrías al releerme. He vuelto a contar mi rutina, sí, que es lo único que tengo, pero mejor, porque no me ha hecho falta decirlo demasiado. En esos saltos de tiempo está la mayor densidad de este libro. Y —la segunda alegría— las entradas escritas han sabido cogerme las vueltas. Tengo la presunción (presuntuosa) de no llorar en público ni quejarme. Sin embargo, mis dudas literarias, mi falta de serenidad por mi falta de tiempo, la presión de mis artículos diarios en el periódico, los agobios inherentes al sobrevenido cargo de jefe de estudios de mi instituto y un largo etcétera se han ido colando poco a poco aquí. Más que nada, por fortuna, entrelíneas y en el tono; pero aun así por debajo y por encima de mis intenciones, lo que es un alivio; y sin rozar siquiera el fondo de felicidad, que tan bien me han defendido mis hijos, muy protagonistas de estas páginas.

Me angustiaba pensar en lo que tendría que ocurrir para poner el punto a *Un largo etc.* El alivio y la alegría por encontrarle el final han sido tan altos que he tenido que

empezar diciéndolos. Han bastado unas semanas de silencio para encontrarme otra voz, otra mirada, otro tiempo nuevo, que justifican que le eche el cierre al etcétera. Yo, temeroso, hipocondríaco, dramático, pesimista, esperaba una desgracia; y ha sucedido un milagro, pequeño desde fuera, pero muy hondo. Como Hamlet, puedo acabar este libro diciendo: *el resto es silencio*, aunque sea un silencio más parecido al de la casa del Caballero del Verde Gabán.

E. G-M.

El Puerto de Santa María, 23 de abril de 2016